

Un Fernandes entre banderas

PENÍNSULA ATALAYA



Ricardo Fernández Aguilà
**Un Fernandes
entre banderas**

Cuando ser catalán y español es una apuesta posible

ediciones península

© Ricardo Fernández Aguilà, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2014

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014
Ediciones Península,
Pedro i Pons 9, 11ª pta.
08034-Barcelona
edicionespeninsula@planeta.com
www.edicionespeninsula.com

ROMANYÀ VALLS - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-14.982-2014
ISBN: 978-84-9942-348-7

A mi padre, que fue un senyor Fernandes



ÍNDICE

PRÓLOGO, por José Antonio Zarzalejos	11
Un par de cosas antes de empezar	17
PRIMERA PARTE (Septiembre de 2012-agosto de 2013)	
¿De dónde salen los Fernandes?	23
Sé lo que hicisteis el 11 de septiembre de 2012	27
¡¡¡Los catalanes!!!	33
Se prevén lluvias en todo el Estado español (incluso en Nuevos Ministerios)	37
Es lo mismo, pero no es igual	43
Asomado al pozo de la historia	51
Radio y televisión: ¡dulce compañía, no me abandones ni de noche ni de día!	55
Un Fernandes en el rincón de pensar	61
Cataluña, España: afinar la mirada	67
Los Fernandes en el subsuelo de Madrid	75

SEGUNDA PARTE
(Septiembre de 2013-marzo de 2014)

He confirmado que los Fernandes, y sus amigos, tienen algo que decir	89
Los trenes de choque	93
O la ilusión de un Estado propio o el espíritu de <i>Barrio Sésamo</i>	103
Madrid ya no vive aquí	113
Mequinenza, donde las fronteras duermen	129
Perplejidad en Andalucía	137
La ideología de los otros	145
Ir o no ir a la consulta	153
Una claridad distinta	159
El último y extraño viaje de un Fernandes	165
 Agradecimientos	 181

PRÓLOGO

NADA MÁS Y NADA MENOS QUE UN CIUDADANO

por JOSÉ ANTONIO ZARZALEJOS

Ricardo Fernández Aguilà, al que no conocía, se me acercó en el Ateneu de Barcelona el pasado 25 de septiembre, después de una mesa redonda organizada por la asociación Federalistes d'Esquerres, y me entregó en un sobre un librito y una carta. Días después leí el ensayo de mi fugaz interlocutor, titulado *Un FernandèS entre banderas y fronteras* (la ese final del apellido en cursiva y mayúscula es textual del título, recogiendo así la fonética catalana al pronunciarlo). Y he de reconocer que me conmovió. Porque Ricardo Fernández Aguilà, un hombre dedicado a la docencia y la traducción del catalán al español, me pareció la expresión más cabal del espíritu ciudadano de concordia y de síntesis conciliadora.

Con el párrafo anterior arrancaba mi artículo dominical en *La Vanguardia* del 27 de octubre de 2013, que titulé «Los Fernández catalanes», en el que pedía, de pasada, que leyese el texto algún editor y lo publicase y distribuyera, y elogiaba la encomiable encarnadura cívica de Fernández

Aguilà, quien acreditaba en su persona, en su trayectoria y en su discurso racional y emocional la efectiva posibilidad que ahora muchos, demasiados, descartan: la de ser y sentirse catalán, y la de ser y sentirse, simultáneamente, español. Nuestro autor describe con una certera frase esa compatibilidad: «Vivir en Cataluña y estar en España». Se trata de una ecuación posible, deseable y práctica. Pero no sólo: se trata también de la opción que, en determinadas condiciones jurídico-constitucionales, resultaría rotundamente mayoritaria en Cataluña y la que maridaría intereses y sentimientos en un sólido marco de convivencia.

Aquel artículo sobre los Fernández catalanes tuvo una larga estela. Hizo mella —no tanto el artículo cuanto la historia que recogía— en muchos ciudadanos y pareció despertar algunas sensibilidades. El expresidente de la Generalitat Jordi Pujol se interesó por el texto de Fernández Aguilà, al que, según he sabido, se ha dirigido por carta. Yo mismo estuve con el *president* en su despacho del Paseo de Gracia. Durante nuestro encuentro hablamos largamente sobre la hondura social, política, cívica y humana, y sobre el significado de los Fernández de Cataluña; y recibí numerosísimos correos electrónicos y cartas que aseguraban desear lo mismo que el autor y, al tiempo, mostraban indisimuladamente su admiración por su valentía y sentido de la oportunidad al elaborar un relato que apenas pude explicar en un texto de setecientas cincuenta palabras, y que estas páginas acoge corregido y aumentado sobre el más corto original autoeditado que recibí de sus manos.

Confieso que para mí, pero sobre todo para esos muchos ciudadanos de Cataluña y del resto de España preocupados por el proceso soberanista, la edición de este ensayo es una grata noticia y un hito político y social de gran alcance. Porque, entre otras muchas lecciones, este libro nos ofrece dos esenciales que se han olvidado progresivamente en el debate público: la de la serenidad y la de la ecuanimidad

al tratar una cuestión —el estatuto político de Cataluña en España— de alto voltaje sentimental, compleja ingeniería jurídica y enorme peso histórico, proyectándolo todo hacia un futuro que ahora está en juego.

Los castellanísimos apellidos Fernández, Martínez, Gómez o López son igualmente catalanes por una razón muy superior a la del nacimiento o el denominado *ius sanguinis*. Cientos de miles de estos ciudadanos son catalanes por un acto de voluntad consciente, resultado de un proceso de integración que, en la mayoría de los casos, conforma una síntesis, un mestizaje, un binomio de creencias y de querencias. Son catalanes porque quieren serlo y han podido serlo. Pero su catalanidad es incluyente de otras identidades —la española, o la del territorio de origen, la europea— y compatible con una mirada ancha y transversal, indestructible ante el desaliento de dificultades y frustraciones políticas. Son hombres y mujeres que Pedro Laín Entralgo, en su *España como problema*, denominó «pontificales», es decir, ciudadanos sobre cuyas palabras, sobre cuyas emociones, sobre cuyas percepciones se puede transitar de un lado a otro, sin muga, ni frontera ni fielato.

Por lo general, estos ciudadanos pontoneros se sumen en el anonimato de ese concepto indeterminado y tantas veces oportunista denominado «mayoría silenciosa». Ciertamente lo es porque entre el desgarrar y la sutura prefiere ésta a aquélla; porque entre el encuentro y el enfrentamiento, desea aquél y no éste; entre el dilema o la integración, se abraza a ésta y se niega a caer en el simplismo de aquélla. Y nunca grita. Estos ciudadanos pontificales resultan ser, de una forma nunca reconocida, la tercera España, que es la que siempre ha sido la gran derrotada de nuestra historia. Trazas tiene de serlo también en este momento histórico —el más grave desde el inicio de la democracia en España en 1978— y por esa razón es urgente, perentoriamente urgente, escucharlos.

Este libro de Fernández Aguilà y lo que representa no debe ser interpretado desde una perspectiva sentimental y mullidamente emotiva. Sería un error. Los ciudadanos que conforman esa tercera España, esos hombres y mujeres pontificales, tienen un discurso que no hiere, pero que penetra, que no impone, pero sí sugiere, que emite señales de humo pero elude la tosquedad argumental de las embestidas dialécticas. Desoír, además de su sensibilidad, sus tesis de fondo, que remiten de manera constante e implícita a un ejercicio permanente de la mejor práctica política —la que logra lo posible y compone intereses no coincidentes—, resultaría casi suicida en una coyuntura como la actual. Suponer, como sucede con frecuencia en España, que la moderación es un terreno baldío ha constituido siempre una manera belicista y hostil de encarar los problemas de nuestro país.

La moderación —unos la denominan tercera vía, otros colaboracionismo, y no faltan quienes se refieren a ella como una cobardía emboscada en buenas palabras ni los que tildan a los morigerados como dubitativos y hasta débiles— ha sido una carencia crónica española en la vida pública, más pendular y ciclótica que razonable y equilibrada. Fernández Aguilà apela, sin decirlo, sin explicitar tesis política concreta de naturaleza alguna, a la razonabilidad y, además, a la profunda urdimbre sentimental e histórica de la realidad de Cataluña y de España. Lo hace al hilo de su biografía, de sus experiencias, de sus entrevistas, de sus percepciones, de sus emociones. Por eso este texto es un barómetro, un referente, una guía.

Pero quisiera destacar lo que me parece nuclear de la tesis de nuestro autor: los que decidirán esta partida —y lo harán, creo, con ecuanimidad— van a ser, precisamente, los Fernández catalanes y de otros lares de España. Sencillamente porque son la inmensa mayoría. España, en su epidermis, es una realidad ahora borrascosa y agresiva, pero en su dermis,

en las capas freáticas de su sociedad, la memoria histórica de lo que fuimos y de cómo nos condujimos —el país de Europa con cuatro guerras civiles en dos siglos, si en ese concepto incluimos las llamadas guerras carlistas— genera anticuerpos muy potentes contra nuestra concepción conflictiva de la convivencia. La crisis de representación de nuestra democracia reside, precisamente, en una falta de conexión emocional entre los dirigentes y los ciudadanos y en una supina ignorancia de lo que quieren éstos y no persiguen aquéllos.

El reencuentro de la política con la realidad puede vernos desde Cataluña si se admite —y creo que es una tesis perfectamente asumible— que la cuestión catalana es un síntoma, el más grave, de lo que los analistas más conspicuos han diagnosticado como fallo multiorgánico del sistema jurídico-constitucional español. El autor de estas páginas va desgranando sin prisa pero sin pausa, con palabras que redundan en lo coloquial y huyen del cultismo, hechos, episodios, anécdotas, conversaciones y decisiones que, sin ser calificados, quedan retratados como buenos o malos gracias a la sutileza del escritor al insertar un adjetivo, incluir una metáfora o recurrir a un eufemismo. Fernández Aguilà no hiere, pero está lejos de ser un analista inocuo, voluntarioso o ingenuamente bien pensante.

Los textos breves, que corporizan elementos emocionales, que componen relatos auténticos de vidas normales, que expresan sentimientos alejados de la hipérbole o la exageración, que se acercan con humildad y buen sentido a la conciliación, son históricamente los más eficaces. No hay un libro más célebre en esta línea, una obra más canónica y actual, más clásica en el mejor y más hondo sentido del término que *Por la concordia*, de Francesc Cambó. Uno de los padres del catalanismo —el más brillante y político de ellos— parece haberse posado en alguna de las páginas de este libro e inspirar a su autor, aunque quizá él ni lo desee ni lo haya

pretendido. Aquel libro, que marcó una época y que podría marcar la inmediatamente venidera, concluye con unas frases que provocan hoy una reacción empática. Cierra Cambó su *Por la concordia*: «Yo no puedo admitir que, en España, la inconsciencia pueda ser general y pueda ser eterna».

Hacía bien Cambó en no admitir semejante lacra. El ejemplo de que en España la inconsciencia ante el conflicto ni es general ni ha de ser eterna lo acredita este libro de Ricardo Fernández Aguilà, que sobrepasa lo que parece y se adentra en el terreno de lo que aparenta no ser: un alda-bonazo, una convocatoria, un aviso y un lamento. Todo a la vez y todo también separado y estructurado en un relato que, en un crescendo de una nítida honradez intelectual, nos exige reflexión previa a una acción que prescriba la conciliación como en el primer tercio del siglo pasado la buscó, con escaso éxito, Francesc Cambó.

No conozco a Ricardo Fernández Aguilà; apenas si nos hemos intercambiado unas letras. Pero ni nos hemos visto ni hemos hablado por teléfono. Amigos suyos que lo son míos lo describen como un hombre de bien, modesto, cumplidor, laborioso y sincero. Sin pretensiones. La verdad es que no sé si deseo conocerle ni hablar con él ni requerirle algunas explicaciones que me queman las yemas de los dedos cuando escribo este prólogo. Tiene derecho a sus silencios, y albergo la impresión de que en este libro abundan tanto como sus afirmaciones y percepciones. Importa lo que dice y relata, pero también lo que calla o aquello que aborda con una conciencia aquilatada de la gravedad de lo que escribe. Observo en él un depósito de humanidad, de normal humanidad, que se echa en falta en la política, en la empresa, en el periodismo y en el púlpito. Veo en él —a distancia, sin oírle ni tocarle— nada más y nada menos que a un ciudadano. Y escucho a Sócrates tras leer y releer estas páginas: «Yo soy un ciudadano, no de Atenas, ni de Grecia, sino del mundo».

UN PAR DE COSAS ANTES DE EMPEZAR

Este libro consta de dos partes, pero hubo un tiempo en que circuló sólo la primera. Fue cuando lo edité por mi cuenta e iba casi cada día a Correos a cubrir una lista de posibles lectores, a quienes no conocía personalmente y de quienes esperaba cierta sintonía. Uno de ellos escribió en positivo en su artículo semanal del diario *La Vanguardia* y lanzó la propuesta de que algún editor lo publicara. Si quien ahora lee estas líneas anduviera sumido en el mayor de los pesimismos y creyera que la vida no puede ya sorprendernos para bien, le invito a que anote al menos este caso como prueba de que algo mejor puede un día suceder. Porque apareció el editor y sólo propuso una ampliación del original. Es la segunda parte.

La otra nota previa se refiere al encuentro imaginario del autor con un tribunal de lectores, quienes hojean, tal vez con reservas, estas páginas de tema tan controvertido y complicado. Si me tomaran declaración en los términos que el cine ha clavado en nuestra memoria: «¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?», yo tendría que evitar responder con la acostumbrada afirmación rotunda. No puedo decir «Sí, lo juro» más que a la primera y a la tercera pregunta. Con la segunda me es imposible, y casi cada día me doy más cuenta de ello. No sé cuál es «toda

la verdad». Uno no conoce todos los rincones del arsenal de argumentos a favor y en contra de una posible separación entre países ni, y esto es lo más importante, la fuerza de las imágenes y de los sentimientos acumulados en este enfrentamiento. Uno sabe lo que sabe, aunque se haya esforzado en que no sea poco. Así que no puedo jurar decir «toda la verdad», pero sí quisiera acercarme mucho a ella, y pongo como testigo de tal empeño este mismo libro.

PRIMERA PARTE

(Septiembre de 2012-agosto de 2013)



Lo contrario de la verdad no es la mentira,
sino las convicciones.

NIETZSCHE

Ningún problema puede ser resuelto en el mismo nivel
de conciencia que lo ha creado.

EINSTEIN



¿DE DÓNDE SALEN LOS FERNANDES?

Cuando uno se llama Fernández y vive en Cataluña, acaba por convertirse en un Fernandes. A la zeta se la trata con suavidad sonora en catalán, vaya al final o vaya delante. «Zoo» sonará igual que Fernandes. No pasa nada. Ya sabemos que todas las lenguas tienen sus propios sonidos. Probemos a que un alemán, un inglés o un francés digan «garrafa». Inventarán tres disparates. No pasa nada. Si uno viaja a sus lenguas, no hablará exactamente francés, alemán o inglés. Y tampoco pasa nada. Ahora bien, si se va muy necesitado de risa a cualquier precio, todo puede valer: que alguien de habla castellana se ponga por las buenas a decir «Puig» o «Sabadell»; que un catalán repita «la luna lunera», mientras resuenan las campanas de las eles; o que un francés, un alemán o un inglés intenten pronunciar «la barriga del ratón», mientras el hispano roedor se queda de piedra.

Pero hay bastante más que decir de los Fernandes, los Fernández de Cataluña. Ser uno de ellos puede marcarte para el resto de tu vida. Ser un Fernandes es ser una mezcla, más o menos conseguida, pero una mezcla. Es una semilla que maduró algún día en otras tierras españolas y creció en tierras catalanas. Es tener dos proximidades, a veces dos amores. Es manejar dos lenguas con afecto parecido,

aunque con dominio no siempre idéntico, que eso es muy difícil. Es estar bien donde la semilla se hizo oscuramente y donde el fruto fue alimentado con luz nueva. Es complejidad. Es dificultad. Es un lío. Es estupendo.

Se comprenderá enseguida que sea necesario precisar que no todos los que llevan en el DNI el apellido Fernández se puedan sentir como un Fernandes. Pero también que no todos los que puedan reconocerse como un Fernandes, lleven el apellido de marca en su cartera. Sobre su nombre oficial, éstos llevan escrito el «Fernandes» con tinta invisible, si se me permite seguir con la metáfora.

¿Cuántos Fernandes hay hoy en día en Cataluña? Ni idea. Pero pocos no son. Les he oído hablar en privado y en un escenario. Les he leído. Hemos conversado por teléfono y tomado un vermut. Y luego están todos los que desconozco al cruzarme con ellos en la calle, pero que son unos Fernandes a base de bien. Parece ser que nos quieren contar. Pero va a ser complicado, porque no creo que podamos responder rápido, como se esperaría que hiciéramos, a cualquier pregunta. A un Fernandes, a alguien a quien le cambiaron el nombre y se quedó tan contento porque estaba por otras cosas que le importaban más; a alguien que hizo un viaje tan largo en el espacio y/o en el tiempo para llevar dentro una suma de factores, una mezcla, que algunos rechazan con alergia, a esta gente, ya digo, nos cuesta decir sólo «sí» o «no» a ciertas preguntas y quedarnos satisfechos.

Este libro trata de vivir en Cataluña y de estar en España. Trata de antes, de ahora y de mañana, un poco cansado ya de tanta niebla espesa, es cierto, pero con el depósito de la confianza aún a buen nivel. No tengo mapa para el viaje de esta escritura. Tengo opiniones, intuiciones, sensaciones a montones (y una ligera afición a las rimas aparatosas, como se puede ver). Tengo también recuerdos, muchos recortes de prensa y unos cuantos libros sobre mi mesa. Me

¿DE DÓNDE SALEN LOS FERNANDES?

he pasado años escuchando y leyendo a otros. He aprendido bastante. Otras veces el impacto de sus palabras ha sido complicado para mí, y he tenido que repetirme que todos somos hermanos. Ahora he levantado por primera vez la mano porque creo que tengo algo que decir. Uno no ha ocupado ni una línea de la prensa, ni un minuto de radio ni de televisión. Ni siquiera me han llamado nunca a casa, los de las encuestas, para saber a quién pensaba votar, qué programas de televisión me gustaban o si aún bebía gaseosa. Uno, ya digo, ha estado callado. Pero ahora noto que falta algo por añadir al inmenso locutorio de puntos de vista sobre Cataluña y España. Quizá no tenga mayor importancia, pero he decidido saltarme el voto de silencio. Intentaré ser breve y después me recluiré de nuevo en el monasterio de mi sala de estar.



SÉ LO QUE HICISTEIS EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2012

Hacer profecías debe de ser viajar al futuro y luego volver al presente para contarlo. Salta a la vista que es una actividad con poco futuro (y no son ganas de soltar ocurrencias), si reparamos en la deplorable situación social de toda España en estos últimos años (desde el 2007 hasta no se sabe cuándo), que en general no fue profetizada. Empezó con una crisis de bancos y siguió con una caída de empresas y de puestos de trabajo. La siguiente ficha del dominó fue el descenso del consumo, y por tanto más pérdida de puestos de trabajo. Mientras tanto se inventaron los llamados «recortes». Los de hospitales, escuelas y dependencia social han sido los más sonados. Se han quitado pagas de funcionarios, se han rebajado sueldos y, como desesperante conclusión de tanto hundimiento económico, en muchas casas no se ha podido seguir pagando la hipoteca. La resistencia a los desahucios está siendo contundente y en ocasiones dramática. Este inventario resumido de la llamada crisis lo conocen hasta los niños en la España de hoy, y se habla de todo ello a cada momento. Pero de lo que ya se habla menos es del fracaso de nuestras mentes más lúcidas en avisar de esta cadena completa de desgracias.

De vez en cuando aparece alguien que afirma «yo ya dije...». Pero, o bien lo dijo muy flojito, o bien le taparon la boca. Parece que sí hubo algunos pocos (poquísimos) que escribieron algunas líneas acerca de las sombrías perspectivas de la economía en parte de Europa. Ahora bien, lo que no se oye decir es «yo no me di cuenta de que iba a pasar todo esto», cuando aparecen de nuevo en prensa, radio o televisión los más habladores profetizando sobre nuestros próximos tiempos. Pero bien mirado, quizá una de las enseñanzas de esta hecatombe sea que nos estamos dando cuenta de la poca capacidad humana para saber a dónde vamos. No es que no se puedan proponer planes de actuación para el futuro. Es que hay que hacerlos con mucha humildad, con el mayor esfuerzo, sin duda, y sin poner cara de listos. De esta forma tal vez evitaríamos, como se viene haciendo, y por poner sólo un ejemplo, culpar de buena parte de nuestros problemas actuales a aquellas gentes que creyeron que lo mejor que podían hacer era comprarse un piso pidiendo un préstamo al banco. Si alguien les hubiera profetizado que de insistir en firmar su hipoteca acabarían contribuyendo a aumentar las listas de espera en los hospitales, el número de alumnos por aula, el paro y la pobreza, igual muchos se lo habrían pensado dos veces. Pero nadie se lo advirtió. Y es que no resulta fácil viajar al futuro y volver para contarlo. No lo es, no, y por eso más vale que seamos prudentes en estos momentos al escribir y opinar sobre por qué van las cosas tan mal y sobre lo que los demás han de hacer para que vayan mejor, aun a riesgo de parecer que cuando se expresan dudas, uno pierde categoría. En el epicentro de este terremoto social y económico, en Cataluña fueron apareciendo muchas banderas en los balcones. Las *senyeres* de toda la vida y, como novedad, las *senyeres* con una estrella en fondo azul, símbolo de la independencia. Comenzaron a colgarse pocos días antes de la Fiesta Nacional, la llamada

«Diada», del 11 de septiembre de 2012, y casi nadie las ha quitado. Al contrario, han aparecido más. ¿Por qué?

Responder a esta pregunta es caer de lleno en el reino de la paradoja. Nadie sabe qué ha pasado. Y también, todo el mundo lo sabe. Quiero decir que no hay una explicación sencilla y completa, y cada opinante pone el énfasis en un motivo o en otro. Hay quien se apunta sobre todo a los factores económicos, los de la crisis antes reseñada. Otros, a factores políticos; se trataría del maltrato fiscal y legal a Cataluña. Seamos prudentes a la hora de dar una opinión contundente, como decía hace poco, y reconozcamos para empezar la complejidad del asunto. Pero de lo que no cabe duda es de que la manifestación del 11 de septiembre de 2012, que reclamaba la separación de España o la creación de un nuevo Estado en Europa, según las palabras que cada uno prefiera, fue decisiva a la hora de poner sobre la mesa de la política española un nuevo problema, y de los grandes, o una ilusión de un futuro mucho mejor. Depende del cristal con que se mire.

A los ojos de un Fernandes, aquella manifestación pudo ser como una alucinación, y quisiera explicar por qué. Los organizadores, que como todos sabemos siempre apuntan alto a la hora de contar a los asistentes, en esta ocasión se quedaron cortos, pero que muy cortos. Ellos hablaron de un millón y medio de personas, que ciertamente constituye una cifra importante. Pero a partir del día siguiente, las declaraciones de los dirigentes políticos de Cataluña afines a la manifestación les desmintieron. No había ido un millón y medio; habían ido todos los catalanes. Hasta los que se quedaron en casa habían ido. Siete millones y medio, aproximadamente. Y es que sus palabras no dejaban espacio para la duda.

El discurso oficial del presidente de la Generalitat de Cataluña, que decidió ponerse al frente de la demanda de los

manifestantes, adoptó un nuevo sujeto para todas las frases que de inmediato iba a utilizar para describir la nueva situación. «Cataluña quiere un Estado propio.» «Cataluña emprende un viaje a Ítaca.» «Cataluña se ha cansado de España.» «Cataluña y España se han perdido el afecto.» ¿Cómo sabía tantas cosas de los más de siete millones de catalanes? ¿Qué se había hecho de los que nunca habían dicho que quisieran un Estado independiente para Cataluña? ¿De los que no se habían cansado de España, o al menos no mucho? ¿De los que sentían afecto por mucha gente más allá de *casa nostra*? Al parecer habían ido también a la manifestación. Y si unos pocos no habían ido, habría sido porque les surgió algún imprevisto de última hora, pero seguro que podían contar con ellos para lo que hiciera falta en el futuro recién inaugurado.

Para un Fernandes, acostumbrado a ver su propia identidad como algo complejo, ciudadano de dos mundos y de dos lenguas, la nueva página de la historia que comenzó a escribirse tras el 11 de septiembre de 2012 necesitaba frases largas y compuestas, y no breves y simples. Ya dije que los Fernandes tienden a ver las cosas desde más de un punto de vista. Y le asaltaban las preguntas: ¿Habían desaparecido millones de catalanes? ¿O es que se habían vuelto seguidores del nuevo plan de ruptura con España aquel mismo día? Pero también había que responder a otra pregunta: ¿Por qué tantos catalanes se habían radicalizado, fueran «sólo» un millón y medio o fueran los siete millones largos de los que se hablaba en los nuevos discursos?

Llevado por el impulso de escribir algo sobre el llamado «choque de trenes», en lo que según algunos se está convirtiendo la relación Cataluña-España, me he subido al tren para hacer mi propio viaje por este drama. A veces el tren no me esperaba en la estación de mi ciudad, sino en las estaciones de la memoria. Y su trayecto ha sido en

ocasiones camino de hierro, pero también voluntad de ir al encuentro de respuestas al desasosiego imperante. De la misma manera, las «banderas» del título mostrarán su significado más evidente (las muchas banderas que uno puede ver ya), pero también simbolizarán la fuerza de querer pertenecer a una tribu y el empeño en distanciarse de otra tribu. Todo vivido en un compás de dos, queriendo evitar la simplificación (¡qué difícil también para mí!), y cavilando de vez en cuando sobre una de las ocurrencias del Antonio Machado más filosófico:

Busca a tu complementario,
que marcha siempre contigo
y suele ser tu contrario.

